



La única verdad es la realidad.

Algunas consideraciones sobre la relación entre Peronismo y Universidad

Victoria Chabrando*

I.

La Reforma Universitaria de 1918 marcó un antes y un después para la cultura política. En gran medida, constituyó una apuesta para la incorporación de los jóvenes a la política mediante la renovación de una de las instituciones más legitimadas en la construcción de referencias políticas. La universidad materializó enfrentamientos por el entrecruzamiento de autoridades universitarias con la composición de la dirigencia política, que, a su vez, estaban relacionados a las principales actividades económicas de la ciudad. Tanto las fracturas y conflictos como los cambios en el interior de las elites generaron alianzas que devinieron en crisis de las fuerzas conservadoras, acrecentando las confrontaciones en la relación entre la Iglesia, el Estado y la sociedad civil.

En la búsqueda por interpretar esta confluencia de intereses, la mayor parte de la historiografía se preocupó principalmente por indagar las demandas estudiantiles, sus protagonistas. Es decir, se dedicó a construir un relato focalizado en las elites locales. Ahora bien, la Reforma Universitaria no hubiera tenido el impacto que hoy destacamos sin el protagonismo de la clase trabajadora. A partir de estos acontecimientos comenzaron a adquirir cada vez mayor importancia las articulaciones entre estudiantes y algunos trabajadores, propiciando el inicio de la construcción de una identidad que en décadas posteriores enmarcará una tradición de solidaridad entre clases sociales.

Las motivaciones de cada sector fueron diferentes, aunque hubo objetivos e intereses comunes. A partir del flujo de referencialidades compartidas, la coincidencia para visibilizar un enemigo común, como eran las fuerzas clericales y un sistema político elitista y excluyente, la similitud en el pensamiento acerca de la educación como un recurso preciado

* UNC

victoriachabrando@gmail.com

en el sentido de hacer posible el ascenso y el reposicionamiento social, la búsqueda de adhesiones para lograr sus objetivos, sumado al desarrollo de determinados dispositivos de la modernidad como fueron el uso de la prensa y la apropiación del espacio público como medios para posicionarse en la escena política, cada grupo buscó interactuar con otros sectores de la sociedad cordobesa, y, de este modo, emprendieron un camino de reconocimiento mutuo.

La Córdoba de principios de siglo, comenzaba a evidenciar un proceso de sociabilidad de estos grupos delimitado por las ideas de *progreso*, *grandeza*, *bienestar* y *belleza*. En los círculos de algunos gremios de trabajadores se desarrollaron actividades bajo las premisas del valor en la educación, el desarrollo del espíritu y el bienestar moral del obrero. No sólo por parte de los estudiantes se aspiraba al “progreso” vía la instrucción. La idea de *progreso* cristalizó a la educación, como el elemento más genuino para producir esa meta y fueron los proyectos de extensión universitaria los sintetizadores de esta situación en un tiempo donde el acceso a la educación y a la formación universitaria era casi una quimera (Puiggrós, 2003).

A pesar de lo cual, vale destacar que con el gobierno de Hipólito Yrigoyen la educación fue uno de los ejes prioritarios, con lo cual se evidenció una modificación respecto al acceso de la mayoría de la población a los círculos educativos. Entre 1916 y 1930 se crearon 22 colegios nacionales, frente a los 14 que existían entre 1900-1915, entre 1916-1925 se consolidaron 14 escuelas normales, 1 industrial, 3 comerciales, 3 profesionales de mujeres, antes: 46 escuelas normales, 3 industrial, 6 comerciales y 16 de mujeres. Entre 1916 y 1923 ya funcionaban 37 escuelas de artes y oficios y 3 entre 1900-1915. Sumado a esto, se organizó el sistema de educación de adultos con enseñanza de oficios, con modalidad de escuelas complementarias. Por otra parte, estudiantes cordobeses colaboraron con un informe sobre la situación de la educación en Argentina, reflejando números alarmantes para Córdoba.

La capital de la república tiene 237.126 analfabetos, la provincia de Buenos Aires, 303.129, Santa fe 246.869, Entre Ríos 135.791, Corrientes 147.691, Córdoba 222.237, San Luis 33.654, Santiago del estero 127.673, Tucumán 135.147. Si comparamos estos datos con los que arrojan los censos de países nuevos, de una constitución semejante al nuestro, deberíamos experimentar una sensación de alarma (Humanidad Nueva, 1918:31).

La creación de la Universidad Popular en 1917, impulsada por Arturo Orgaz, y con apoyo explícito de integrantes del Partido Socialista (PS), tuvo la finalidad de fomentar actividades pedagógicas y culturales para quienes no tenían acceso a la educación superior, creó nuevas posibilidades, y estableció conexiones entre la realidad política y los contenidos universitarios. En el PS de Córdoba, los principales impulsores de estas iniciativas fueron Miguel Contreras, también dirigente de la Federación Obrera Local (FOL), Etchegoyen, Mangufli, Jacobo Arrieta y Pablo B. López.

A través de esta experiencia se crearon cátedras libres, se impartieron clases por las noches para quienes trabajaban en el día. Al año siguiente, la posta la tomó la Asociación Córdoba Libre (CL) que tuvo como principales objetivos la apertura de bibliotecas populares y la programación de clases nocturnas para los trabajadores que no podían asistir a clases en los horarios establecidos. La relación entre CL, los reformistas y el PS después del Primer Congreso Nacional de Estudiantes se hizo cada vez más estrecha.

Se espera que de él (del Primer Congreso de Estudiantes Universitarios) surja la nueva generación del pensamiento argentino. Ahora, el movimiento estudiantil es visto con buenos ojos por parte de los núcleos obreros de Córdoba. No sólo por la pujanza del ideal que sustentan, sino que hora a hora nos transmiten augurio de una patria más grande surgidas de ideales universales: liberal, racional y social. Córdoba, ahora está abierta, otrora soñolienta y aburrida. Se experimenta la sensación de un nuevo ritmo en las cosas y los hombres (La Vanguardia, 1918:1).

Asimismo, los trabajadores comenzaron a hacerse visibles en el ámbito público como sujetos activos para la concreción de demandas que desde hacía años reclamaban sin demasiado éxito. Tal como afirmó Deodoro Roca dos años después al estallido reformista: “Y dióse todo entero a la causa de los estudiantes revolucionarios. Yo he visto correr la sangre generosa de los obreros en las calles de mi ciudad mediterránea” (2017:64-65).

En la asamblea de la Federación Obrera Local, con la presencia de delegados de todos los sindicatos existentes entonces, se discutió la discusión que plantearon los compañeros estudiantes. Luego que hablaron los delegados estudiantiles, en nombre de la Federación Obrera Local debimos explicar



que este movimiento merecía todo el apoyo de la clase obrera y que se trataba de una nueva capa estudiantil que se levantaba para luchar contra la oligarquía, estudiantes totalmente distintos a los que en 1910 habían asaltado a los locales obreros (...) Los estudiantes eran ahora nuestros aliados (Contreras, 1978:81).

Para los trabajadores el acceso a la educación superior significaba el mejoramiento en las condiciones estructurales de vida mediante el ascenso social. Pese a esta claridad, y las articulaciones de acciones, la Reforma Universitaria fue un proceso inconcluso, ya que para 1923 la matrícula universitaria no superaba los mil estudiantes.

II.

El 22 de noviembre de 1949, una decisión política cambió el rumbo de la historia para muchos trabajadores de nuestro país. Quien fuera presidente en ese entonces, Juan Domingo Perón firmó y promulgó el Decreto 29337 de Gratuidad de la Enseñanza Universitaria. Hasta el momento ningún Estado se había hecho eco de demandas que los sectores obreros impulsaban desde principios del siglo.

Si bien el Yrigoyenismo impulsó el debate parlamentario sobre el rol del Estado en proyectos formativos e impuso un modelo de gestión gubernamental basado en la creación de establecimientos educativos y en el desarrollo de programas pedagógicos, a diferencia de décadas anteriores, el Peronismo instaló la centralidad del rol del Estado retomando algunos de los ideales modernos como el de “progreso”, “fe”, “armonía”, “república”, instalando también premisas que en décadas posteriores serán el eje programático de las juventudes políticas, como la noción de “liberación”.

El primer Peronismo recogió un modo de concebir a la educación a partir de determinadas ideas liberales, mixturando la teoría con un programa de formación basado en el desarrollo de conocimiento que permitiese el perfeccionamiento de una mano de obra experta para la incorporación de trabajadores al mercado de trabajo en un proceso de industrialización exitoso. En este proyecto de país industrial, la creación de la Universidad Obrera Nacional fundada en 1948, posibilitó la apertura de carreras de aplicación como las de ingeniería, las cuales en sus planes de estudios tenían como prioritario la atención de diversas necesidades regionales, las demandas del Estado y la producción.

El individuo se hace interesante en función de su participación en el movimiento social, y son las características evolutivas de éste las que reclaman atención preferente. Para derribar las defectuosas concepciones de la etapa de los privilegios fue necesario un implacable desdoblamiento de la fortaleza-unidad del individuo. Pero apresurémonos a reconocer que tal mutación debe considerarse precedida de una larga etapa teórica. La práctica corresponde a nuestro siglo y está en sus comienzos. Sin base científico-tecnológica propia y suficiente, la liberación se hace imposible (Perón, 1949: XII).

En este sentido, coincidimos con la mirada de Recalde (2018) quien sostiene que el proceso reformista se modificó a lo largo del tiempo y fue el peronismo la fuerza política que impulsó la Segunda Reforma Universitaria actualizando su ideario a la dinámica de la democracia social de masas, posibilitando la construcción de una nueva generación de universitarios.

III.

Durante toda la década de los 60 y principios de los años 70 en nuestro país se dio un proceso de modificación con escala ascendente de la matrícula universitaria, lo que produjo a su vez modificaciones en los modos de sociabilidad económica, social y política de aquellos jóvenes, muchos de ellos (por no decir en su gran mayoría) hijos e hijas de obreros.

Para finales de los 60 se inscribieron 9.742 mujeres y 17.108 varones en la Universidad Nacional de Córdoba. Siguiendo los estudios de Nogueira (2018) afirmamos que hubo una feminización de la matrícula ya que en los diez años que van de 1966 a 1976, la matriculación de las mujeres creció un 15,3% respecto al número de matriculación masculina.

El proceso de activación política que muchos jóvenes atravesaron por aquellos años fue diverso según la territorialidad de la política: barrios, partidos políticos, organizaciones armadas, sindicatos, escuelas, la Universidad. En esta última, las posiciones políticas estuvieron signadas por la polarización entre “reforma” o “revolución”, la búsqueda de articulación entre estudiantes y otros sujetos sociales y el aporte de futuros profesionales en la consolidación de una sociedad igualitaria, muchos de estos jóvenes inspirados en la pluma y la acción del peronismo revolucionario.

Alicia Eguren en el prólogo a la edición de 1971 del informe a las bases de John W. Cooke, de manera certera destacó la importancia del discipli-

namiento social de la dictadura de Onganía desde 1966 mediante la despolitización de las instituciones universitarias.

[L]a universidad argentina, vanguardia ideológica y combatiente, es el blanco preferido de los golpes del régimen. Y no pasaría mucho hasta que Córdoba respondiese de manera masiva; por lo demás; su doble vanguardia, por así decir, esto es, estudiantil y obrera, habría de ensanchar el cauce de la lucha, deslindándolo con el más claro rigor (Duhalde, 2014:13-14.)

Por otra parte, J.W. Cooke, manifestó la importancia de la Universidad para el Peronismo, en tanto “centro avanzado científico y cultural para la comunidad organizada”. En diferentes pasajes argumentó sobre los objetivos centrales de la intervención universitaria en 1966, sosteniendo que:

Lo que desata la campaña antiuniversitaria no es una actitud al margen de la comunidad sino sobre la actitud universitaria contra el imperialismo y los privilegios económicos por la actitud de una juventud que ha abandonado el antiperonismo de las generaciones anteriores y en lugar de las viejas declaraciones de una mítica unidad, ahora se unen a las causas que defienden los trabajadores (Duhalde, 2014:85-86.).

Si bien es fundamental matizar algunas apreciaciones destacando la centralidad de los procesos de liberación que se dieron en todo el mundo como la insurgencia de Argelia, la victoria del pueblo de Vietnam, la incidencia de la Revolución Cubana, la demanda de las comunidades negras, las diversidades sexuales, el rol de las izquierdas, etcétera, para la experiencia argentina no es posible pensar los procesos de participación si no tenemos en cuenta las transformaciones estructurales que se produjeron a partir de 1945 en nuestro país.

IV.

Actualmente algunos sectores de la política nacional tienen el orgullo de construir su identidad sobre una tradición de solidaridad entre diversos sectores sociales como también de una concepción pedagógica donde la formación universitaria no puede concebirse como una opción restringida para las élites. Este legado hunde sus orígenes en la demandas de diver-

esos sujetos sociales a los largo de todo el siglo XX y en el reconocimiento de estos intereses por parte de un estado interventor.

José María Aricó, uno de los intelectuales más lúcidos que parió el interior cordobés, tramó experiencias desde la Reforma de 1918, los años treinta y la década de 1960, diciendo que es dable “establecer entre todas ellas una suerte de continuidad por encima de las distintas realidades históricas. La continuidad deriva de una fuente ideológica común que fue hasta los '60, el movimiento de la Reforma Universitaria” (Aricó, 1989:11).

El maestro omitió la revolución de los años cuarenta, no fue casual, por su experiencia, su modo de acercamiento al movimiento, su intervención en política desde una intelectualidad de izquierda. Ahora bien ¿Cuál es el camino para que la cita entre el pasado y el presente no sea infructuosa? ¿Algunas claves podemos hallarlas en la historización sobre dinámicas de la política y el Estado?

Referencias bibliográficas

Aricó, J. M. (1989), Tradición y modernidad en la cultura cordobesa. *Revista Plural*, Buenos Aires.

Contreras, M. (1978). *Memorias*. Buenos Aires: Testimonios.

Duhalde, E. L. (comp.). (2014) *Cooke. Obras completas*. Tomo V. Buenos Aires: Colihue.

Noguera, A. *De cordobesas y cordobazos. Lecturas en clave de género*. En línea en: <http://scholar.issep-cba.edu.ar/de-cordobesas-y-cordobazos-lecturas-en-clave-de-genero/4/>

Perón, J. D. Domingo. En Conferencia del Primer Congreso Nacional de Filosofía. Teatro Independencia en Mendoza, 9 de abril de 1949. En línea en: <http://www.filosofia.org/mfb/1949a128.htm#15>

Puiggrós, A. (2003) *Que pasó en la educación argentina. Breve historia desde la conquista hasta el presente*. Buenos Aires: Galerna

Recalde, A. (8 de mayo de 2018) *La Reforma Universitaria del año 1918 en 10 claves*. En línea en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=241199>

Roca, D. (2017) *Obra reunida. Tomo I Cuestiones universitarias*. Córdoba: UNC.

Fuentes

Diario *La Vanguardia*

Revista *Humanidad Nueva*